

# **LEER Y RELEER**

Edición No. 25, diciembre de 2000

Sistema de Bibliotecas Universidad de Antioquia

---

## **DEFENSA DEL LECTOR**

**JAIME ALBERTO VÉLEZ**

## PRESENTACIÓN

El gesto con el cual un lector (tal vez no cualquier lector) puede terminar un texto de Jaime Alberto Vélez, sobre todo si ese texto se refiere a la lectura, es una sonrisa oblicua. Ello, quizás, quiere decir que entendió el texto, o algo de su intención. O que entendió una parte del texto y que si hubiera entendido toda la intención, lanzaría una carcajada, pero no una risotada. Porque Jaime Alberto Vélez es un ironista, y como tal utiliza la ambigüedad a su antojo. Parece no definirse, simula rodear el tema sin atacarlo de frente, quiere poner dos o tres dardos donde duelen, sin matar. La víctima, pues, no cae fulminada, sino que sigue su camino, pero incómoda.

En un tema como el de la lectura, acerca del cual hoy existe sin duda una gran unanimidad para atacar su falta de práctica, o para fustigar la pereza que siempre ha suscitado, o para levantar la sospecha a que se hace acreedor quien la mira de soslayo y se ocupa de otros menesteres, este profesor, de estilo preciso y punzante, pone banderillas sobre defensores a ultranza, sobre decálogos no solicitados, sobre manuales para lectores *non plus ultra*. Incluso sobre la lectura misma. Su gesto es el del provocador, el de quien evade los unanimismos y le apunta a la duda, a la puesta en salmuera.

En última instancia, y como en justicia debe serlo, en estos textos no se defiende la lectura, ni se reivindica la profusión de libros, ni se aplaude la cantinela de maestros e impulsores en pro del placer de leer, ni se dan fórmulas para ser más inteligente por medio de la lectura. Todo ello se pone en cuestión, y da un paso al frente, en cambio, el lector sin prejuicios.

*Luis Germán Sierra J.*

---

## LA PEQUEÑA NARRADORA Y LA HIJA DEL LIBRERO

Por *Jaime Alberto Vélez*

En un memorable cuento intitulado "Felicidad clandestina", Clarice Lispector plantea su idea del primer acercamiento al libro. La pequeña narradora del relato expresa la envidia que le despierta una compañera "gorda, baja, pecosa y de pelo excesivamente crespo", que posee, no obstante, "lo que a

cualquier niña devoradora de historias le habría gustado tener: un padre dueño de una librería". La hija del librero no aprovecha este privilegio tanto como podría hacerlo, lo cual termina por exacerbar los sentimientos de la pequeña narradora, víctima además de la crueldad de su compañera. En efecto, "conmigo ejerció su sadismo con una serena ferocidad", dice.

Conocedora de su gusto por las historias, la hija del librero informa a su amiga que posee la obra *El reinado de Naricita*, de Monteiro Lobato. "Era un libro gordo, válgame Dios, era un libro para quedarse a vivir con él, para comer, para dormir con él". La pequeña narradora —que en el cuento carece de nombre, al igual que los demás personajes— asiste todos los días en vano a la casa de su amiga ante la promesa de que al día siguiente, por fin, se lo prestará. La promesa del libro la mantiene en vilo largo tiempo, hasta que un día, mientras recibe silenciosa y humilde una nueva negativa y una nueva postergación, aparece la madre de la *torturadora* y solicita a las dos aclarar aquella escena que se viene repitiendo a diario. Después de escucharlas a ambas, se vuelve hacia su hija y exclama: "¡Pero si ese libro no ha salido de casa y tú ni siquiera querías leerlo!" La perversidad de la hija queda al descubierto. Al entregarle la obra de Monteiro Lobato, la esposa del librero dice a la indefensa narradora: "Te quedas con el libro todo el tiempo que quieras".

Ahora bien, en contra de lo que cualquiera podría suponer, la niña no acomete de inmediato la lectura de la obra; lo que busca, más bien, es solazarse en el contacto físico con el libro. Resulta bastante significativo el modo como expresa su reticencia: "Simulaba que no lo tenía, únicamente para sentir después el sobresalto de tenerlo". El relato termina sin que la narradora haya leído *El reinado de Naricita*, pues siempre interponía obstáculos y alejaba el momento de leerlo. Ella pretendía, por encima de todo, volver durable aquella relación. Mientras no lo leyera, continuaba viva la posibilidad de ser feliz leyéndolo. En otras palabras: disfrutaba, por anticipado, del placer que sentiría luego. "A veces — dice— me sentaba en la hamaca para balancearme con el libro abierto en el regazo, sin tocarlo, en un éxtasis purísimo."

La dificultad para conseguir el libro deseado determina la *felicidad clandestina*, que contrasta abiertamente con esa indiferencia por los libros que caracteriza a la hija del librero. Parece como si, a mayor número de oportunidades, desapareciera el interés y, por el contrario, los obstáculos y dilaciones condujeran a "un éxtasis purísimo". En este punto relativo a las carencias y a la función del deseo, coincidiría Clarice Lispector con Sigmund Freud, en especial en la diferencia establecida entre el profano y el artista, vale decir, entre la hija del librero y la pequeña narradora. "La diferencia está —dice Freud— en que los profanos no extraen de las fuentes de la fantasía sino un limitadísimo placer." Y un poco más adelante: "En cambio, el verdadero artista consigue algo más". En la actividad de la fantasía, el individuo goza "de una libertad a la que la coerción exterior le ha hecho renunciar".

No se trata de sugerir aquí que “Felicidad clandestina” consista en una ejemplificación de las tesis de Freud; no, de ninguna manera. El mismo Freud aclaró que su hallazgo no se reducía al inconsciente —descubierto desde tiempo atrás por los poetas—, sino que se concentraba en el método científico de abordarlo. En esta pequeña alegoría del nacimiento del lector y del artista, Clarice Lispector coincidiría con todos aquellos escritores para quienes el contacto con los libros también constituyó una *felicidad clandestina* y una defensa contra las agresiones de la realidad exterior. Leer y escribir forman parte de esas “ensoñaciones diurnas” mediante las cuales se intenta “conseguir placer y evitar el dolor”.

Lo que ocurre con el personaje de Lispector evidencia la situación que debe enfrentar un creador en el comienzo de su formación, esto es, el choque contra un principio de realidad infranqueable. El abierto contraste físico y psicológico entre la pequeña narradora y la hija del librero parece ejemplificar esta oposición. El hecho de que una sea “gorda, baja, pecosa y de pelo excesivamente crespo” contrasta de modo significativo con que la otra sea mona, delgada, alta y de cabello libre. Pero mucha más importancia adquiere el que, mientras la pequeña narradora sueña con la librería y sus numerosos encantos, la hija del librero no la utilice para nada, y en los cumpleaños, “en vez de un librito barato por lo menos”, regale una simple postal de la tienda del padre.

La peculiaridad de este personaje reside en su espíritu chato y práctico. La postal, por ejemplo, mostraba un paisaje de la misma ciudad donde ambas vivían, “con sus puentes más que vistos”. En otras palabras: nada de ensoñación ni de fantasía. Sin embargo, esta actitud grosera y negativa, por paradójica, despierta el deseo irreprimible del libro. La explicación es que los sueños verdaderos y los deseos más profundos no nacen por recomendación, sino que operan como una compensación o una forma de equilibrio. El deseo ha brotado de una carencia que no posee un carácter previsible, pero tampoco evitable. Un soñador, pues, no se puede impedir ni programar.

Una curiosa teoría psicológica, distinta de la planteada por la mayoría de los escritores, hace ver hoy que el nacimiento del soñador es inducido. Dicho de otro modo: en vez de la idea de un soñador solitario, esta teoría psicológica plantea un goce abierto y socializado. En este mundo ideal, la hija del librero, plena de virtudes, compartiría los libros con sus amigas. Algunos pedagogos, llenos de pragmatismo, juzgan que el trato asiduo con los libros —y aun el conocimiento directo de Monteiro Lobato como ciudadano— serían razones suficientes para formar lectores y hasta escritores. Pero si esta teoría psicológica del contagio —o de los reflejos condicionados— tuviera validez, ¿qué profesión, entonces, abrazarán luego esos niños que en todas las reuniones entran en contacto con magos y con payasos?

Manejados por recreacionistas, los niños juegan con los libros porque poseen sencillamente la capacidad de jugar con cualquier cosa. Si los juegos de la infancia determinaran mecánicamente la vida del adulto, no existirían políticos ni comerciantes, sino futbolistas y televidentes. En la formación del

soñador, un ingrediente fundamental consiste en que la *felicidad clandestina* adquiere un carácter individual, no es práctica ni recomendada por nadie y —como su nombre mismo lo indica— no se muestra abierta, legal o aceptada. La sociedad celebra al escritor exitoso, pero hace hasta lo imposible por convertir en normal al niño solitario. Robert Louis Stevenson plantea este desajuste en el poema “Escape a la hora de acostarse”. El poeta expresa que después de contemplar, absorto, un cielo estrellado a solas,

*Los míos rompieron el hechizo persiguiéndome a gritos  
y pronto me arrojaron en la cama.*

La finalidad de los métodos educativos actuales radica en poner a leer a la hija del librero y en obligar a la pequeña narradora a compartir con los demás su felicidad individual. En todas las épocas, los soñadores han debido soportar distintas formas de opresión, pero la de hoy en día procede de manera más sutil y, por tanto, menos superable. Se trata de una comprensión no deseada por el soñador, que se anticipa con sonrisas a sus posibles rechazos, anulándolos de este modo. Acompañado y sobreprotegido por el adulto ante el libro y ante las noches estrelladas, al niño sólo le queda, tal vez, soñar frente al televisor.

Lo que los adultos llaman *leer* se reduce a un acto práctico, altamente útil para todos los niños. La rebeldía del soñador se vuelve recomendada y aplaudida. De ahí que la pequeña narradora ni siquiera lea; a ella le basta con conservar el libro cerca de sí para soñar con él. Pero, viéndolo bien ¿quién entendería a una lectora que no lee? Si expusiera su situación, se sometería a un consejo especializado o a una terapia que trataría de convertirla en una lectora ideal, en una devoradora de libros. Para el adulto, por principio, un niño modelo debe leer. Sin embargo, ¿se reduce acaso a una perfecta armonía con la realidad lo que busca el soñador? Un soñador repele, por naturaleza, el asedio y la intromisión. Para contrariedad de los adultos, el niño sueña solo, con plena autonomía e independencia.

El personaje de Lispector desea aquel libro porque sí, de un modo íntimo y caprichoso, de suerte que a todo momento crea obstáculos para leerlo. “Leí unas líneas maravillosas —dice— volví a cerrarlo, me fui a pasear por la casa, lo postergué más aún yendo a comer pan con mantequilla, fingí no saber dónde había guardado el libro, lo encontraba, lo abría por unos instantes. Creaba los obstáculos más falsos para esa cosa clandestina que era la felicidad.” Se trata, en síntesis, de una apropiación personal, revestida de todas las rarezas propias de la personalidad individual. Este lector reclama para sí su *unicidad* frente a la masificación propuesta por el adulto. Entre el soñador y el libro no existe ni puede existir nadie: he ahí el secreto de la lectura.

El adulto destruye al lector infantil para convertirlo en un *estudiante* rendidor o en un *usuario* modelo. Para las estadísticas la pequeña narradora carece de importancia porque no ha comprado el libro y, además, porque ni siquiera lo lee. Su manera de sentirlo y de disfrutarlo, radicalmente individual

—como todos los actos verdaderos del ser humano—, resulta inclasificable. Leer, en este caso, más que una destreza o una capacidad, representa una pasión secreta. La emoción ante la inminencia de la lectura, esa ansiedad que despierta el contacto físico con el libro, se torna más significativa cuando se compara con la actitud de la *gorda, baja, pecosa*. A este respecto, conviene decir que muchos se creen cultos porque manipulan libros a diario. En esta actitud, algunos se podrían asemejar a la hija del librero, es decir, viven de los libros y han desarrollado la capacidad de utilizarlos inclusive para torturar a sus más allegados. A muchos, su grosero espíritu práctico los induce a considerar, por ejemplo, que el libro constituye un instrumento para acabar con la violencia, mantener a los niños entretenidos, crear buenos ciudadanos y alimentar al librero y a su familia.

Pero, en sentido estricto, *El reinado de Naricita* no sirve para nada. La pequeña narradora afirma que se trata de un libro como “para quedarse a vivir con él”. No lo considera un manual para entenderse a sí misma, ni mucho menos para relacionarse con su feroz amiga. Para ella, el libro significa un *fin* en sí mismo, no un *medio* para obtener otro beneficio. Hoy, en cambio, aumenta la urgencia de utilizarlo como medio en la formación del ciudadano. No se piensa en el soñador, sino en el adormecido.

La compañía silenciosa de un libro está cargada de insinuaciones y de promesas más que de autoridad. En cambio, aquellos a quienes la cercanía de la letra impresa ya ni siquiera emociona, consideran la obra literaria como un simple soporte material de una ideología dirigida a mejorar el comportamiento del individuo. “Leer es muy fácil, dicen aquellos a quienes la larga costumbre de los libros ha quitado todo respeto por la palabra escrita”, reflexionó de manera memorable Cesare Pavese. En igual sentido, Clarice Lispector da a entender que los enemigos del lector no se encuentran por fuera de los libros mismos. Por encima de la imaginación, estos enemigos suelen otorgar más valor e importancia a ciertas obras, aparentemente literarias, pero dominadas por mensajes morales que convendrían más, quizá, a la hija del librero que a su amiga soñadora. Sólo que, como diría en este caso Óscar Wilde, “ningún libro u obra de arte ha influido jamás en la moral de nadie”.

Un niño lector de libros interesantes y formativos configura un ideal impuesto por el adulto para remediar su mala conciencia y sus insuperadas carencias. En realidad, un niño necesita amor, responsabilidad y unas condiciones materiales de existencia decorosas, dentro de las cuales se encuentra, por supuesto, la posibilidad de elegir el libro. En la actualidad, se supone que un niño debe leer para aspirar a una vida mejor; pero el asunto debe plantearse al revés: que en una vida digna, el niño lea.

El pudor y el respeto ante el libro hacen sentir a la pequeña narradora como “una reina delicada”. En rigor, ella no exige nada; simplemente anhela el libro con una expectativa que representa, en sí misma y al mismo tiempo, la acción y su recompensa. Clarice Lispector no explica de qué manera sabe su personaje que la obra de Monteiro Lobato terminará por agrardarle, pero aquí reside justamente uno de

los misterios asociados con la lectura. Cada lector desarrolla la clarividencia suficiente para descubrir los libros que le convienen. Existen gustos y rarezas individuales que deben respetársele al pequeño lector, a riesgo de que quienes lo rodean terminen convirtiendo la amistad —como la hija del librero— en una “serena ferocidad”, esto es, en una forma disimulada de tortura.

Muchos piensan que los métodos utilizados con los niños poseen validez porque ellos —al igual que la pequeña narradora— no se quejan. Los niños pueden soportar durante un tiempo la idea de la cultura que el adulto les impone, pero al final terminarán triunfando una rebeldía y una dignidad que impondrán el derecho —silencioso casi siempre— de no leer. Obligados a aprender de memoria datos sobre una obra o a escribir páginas sobre temas que poco les importa, ¿seguirán los niños considerando la lectura como una *felicidad clandestina*? Muchos confunden al niño débil y sumiso con el soñador. El tonto en la infancia es probable que lo siga siendo toda la vida, para alegría, muchas veces, de quienes lo manipulan. Porque el tonto representa, al fin de cuentas, el sostén de las estadísticas. Al soñador lo define, en cambio, una incurable insatisfacción frente a la realidad. Se trata de un solitario que ha descubierto la capacidad y el modo de refugiarse. Si alguien lo descubriera, cambiaría de escondite. Ser lector, para un niño, significa no depender más de la compañía del adulto. La lectura implica, pues, una forma radical de autonomía individual. Aceptar la autoridad del adulto, en esta materia, implicaría un contrasentido; el verdadero lector es insumiso por naturaleza.

Entre la vocinglería de tantos lectores que hablan con impudicia del libro que han leído, el soñador calla. Más que un simple objeto, o un juguete, el libro representa, para él, un destino personal. Por esta razón, el memorable relato de Clarice Lispector termina con esta revelación: “Ya no era una niña con un libro: era una mujer con su amante”. Y en este terreno, ¿quién estaría dispuesto a recibir consejos o a aceptar intromisiones?

## ABAJO LA IMAGINACIÓN

¿Era Jacob Grimm zurdo, o el zurdo era más bien su hermano Wilhelm? ¿Mostró dificultades Hans Christian Andersen para aprender a leer y a escribir? ¿Puede considerarse fingida la tartamudez de Lewis Carroll? ¿Tuvo Charles Perrault una casa, una esposa, unos hijos, y fue feliz como los príncipes de sus cuentos? Preguntas como éstas permanecieron durante mucho tiempo —siglos en algunos casos— sin respuesta o, mejor, sin que nadie se las formulara siquiera, pues no se había dado a conocer aún el hallazgo más sorprendente de la pedagogía moderna: para que un niño lea una obra literaria es necesario que conozca la vida del autor.

En la actualidad se sabe ya que el anonimato en que vivieron los escritores del pasado fue determinante en el escaso número de lectores con que contaban. Esto permite explicar por qué razón cualquier escritor hoy, por mediocre que sea, vende más libros que Lewis Carroll, por ejemplo. Nadie, por supuesto, se atrevería a negar el carácter genial de un escritor como Carroll, pero los especialistas están de acuerdo en que cometió dos errores imperdonables: primero, su biografía abunda en sombras impenetrables y, en segundo lugar, murió hace cien años. Si Carroll aún viviera, podría asistir (como lo hace cualquier escritor de esta época) a escuelas y a talleres, a ferias del libro y a festivales especializados, y en cada uno de estos eventos se le presentaría la oportunidad de desvirtuar esa perjudicial leyenda urdida en torno a su vida privada, esto es, su gusto morboso por las niñas menores de catorce años. Nada más inconveniente para la difusión de sus libros que esta acusación precisamente. Y es que, muerto Carroll, resulta imposible mejorar su imagen ante padres de familia, educadores y, sobre todo, promotores de lectura, especialmente en una época como ésta cuando el escritor debe ser inofensivo, obsecuente y manipulable. De ahí que, para la mayoría, el caso de Carroll pertenece por fortuna a un pasado que se hunde inexorable junto con sus rarezas.

El descubrimiento más revolucionario de la pedagogía actual, entonces, consiste en hacer ver al niño que el escritor es un ser humano común y corriente, tan tonto como el papá o el vecino de al lado. La época actual ha visto cómo, mientras el deporte, el cine y la música fabrican héroes y mitos arrolladores, los encargados de la lectura se empeñan en destruir todos los misterios que rodearon siempre el oficio literario. Para un niño de esta época, su escritor preferido es un viejo enclenque y sin gracia, o una mujer ceñuda y distante que vive con sus dos hijos en un apartamento estrecho. El oficio de escritor ya no esconde ningún secreto, ningún mágico atractivo, pues la literatura actual, superada la antigua inclinación por lo maravilloso, tiene como finalidad poner al niño en contacto con la realidad cotidiana y mostrarle por anticipado las miserias que le esperan. La abuela, que en la vieja literatura era objeto de las amenazas del lobo, hoy sufre de osteoporosis. Nadie se atrevería a negar que, además de la supremacía poética de la segunda imagen sobre la primera, el niño de esta época cuenta así con más posibilidades de entender la esencia ineluctable del mal... Nada tan pasado de moda como el sentido figurado, los símbolos, las metáforas, las alegorías. Lectura y moral se han convertido en la misma cosa. Leer con sumisión lo que se vende como literatura representa el primer deber del ciudadano del futuro. A diferencia de lo que ocurría en el pasado, ahora el niño que no lee representa un peligro. El comportamiento individual correcto es la locura que aqueja al Alonso Quijano de esta época.

En la actualidad se ha venido a saber que la misión de la literatura consiste en preparar al niño para la caída de los dientes, para la separación de los padres, para el ingreso al colegio, para el autoritarismo del maestro, para la muerte de la mascota, para la aceptación del vecino homosexual. El gran desacierto de Perrault, en consecuencia, consistió en no haber escrito un manual de instrucciones

para sobrevivir a los peligros del bosque. A Carroll se le leería más si hubiera hablado de lo que ocurre a este lado del espejo. Hoy en día un niño modelo como lector debe saber que su papá vive de un sueldo miserable, que la casa es alquilada y que la mamá se mantiene aburrida e insatisfecha. Este niño lo ha leído, lleno de placer, en un cuento actual. Y es que, por fortuna, la literatura se ha modernizado. La mugre y la miseria, por ejemplo, han reemplazado de manera más eficaz los viejos símbolos de ogros y dragones. Desaparecida la musa, un escritor escribe ahora bajo la platónica inspiración de los promotores oficiales de ventas.

Mientras la verdadera literatura cumple una función liberadora, estos simulacros literarios buscan como propósito la domesticación del niño, su condicionamiento para la vida de adulto. En estos manuales disimulados, a diferencia de lo que ocurre con la literatura imaginativa e inútil —como debe ser toda literatura—, el lector abandona su condición de *individuo* para ser tratado como *especie*. Debido a la nobleza de los fines perseguidos, la miseria del medio utilizado no se discute, pero el abandono de la lectura se convierte en la mejor respuesta a este avieso procedimiento. La mala literatura, como es apenas obvio, sólo puede producir malos lectores.

La imaginación, el ensueño y las aventuras fantásticas quedan relegados entonces para el cine y la televisión, esos enemigos de la literatura que tendrán que sucumbir, tarde o temprano, ante el realismo pedagógico. Saber, pues, que los hermanos Grimm tomaban sopa de berzas, o que Perrault soportó un molesto lobanillo en la nariz, permite acercar aquellos viejos y remotos maestros a este intenso olor a pañales y a coliflor hervida que caracteriza la pedagogía actual.

## DEFENSA DEL LECTOR

El lector, en teoría, nació con la escritura hace miles de años, pero aún no ha obtenido su mayoría de edad. El lector sigue siendo tachado de inmaduro, pasivo, veleidoso, esquivo, distraído, discolo, inculto, frío, contumaz, incompetente, perezoso y hasta de “hipócrita” (según el juicio de un conocido poeta, favorecido por el apoyo de incontables lectores), mientras la escritura se precia de haber alcanzado en varias oportunidades cimas inimaginables. El de lector ha sido, desde antiguo, un oficio secundario, una orden menor de la iglesia. En la larga historia de la cultura, su labor no acumula más que críticas y reparos, mientras la página escrita despierta una respetabilidad casi sagrada. Borges, amigo de las paradojas y de los inesperados contrastes, llegó a afirmar que lo endiosaba más lo que había leído que lo que había escrito. Pero esta afirmación, al fin de cuentas, no es más que literatura y la prueba de ello reside en que se halla consignada en una obra literaria. El verdadero lector, vale decir, el que sólo existiese como lector, no encontraría dónde escribirla. Ahora bien, cuando la literatura se ocupa

del lector, no lo hace de ninguna manera para agradecerle o exaltarlo, sino, más bien, con el propósito de escarnecerlo, y para comprobar esta afirmación basta con mencionar a los dos más grandes lectores burlados en la historia de la literatura: Alonso Quijano y Emma Bovary. Como se sabe, las novelas a que pertenecen este par de personajes deben su existencia a la confiada actitud de ambos ante la lectura; uno, como consecuencia del “mucho leer”, termina convertido en un disparatado caballero andante; ella, por una causa semejante, deviene esposa adúltera. Pero lo peor del caso, sin duda, reside en que no se trata de dos seres incultos, sino, por el contrario, de dos grandes lectores, de dos lectores apasionados. Resulta perfectamente claro en ambos casos que el desenlace fatal tiene que ver sólo con la afición a la lectura, con ese ideal imposible que los libros proponen como modelo. Eso insinúa, por lo menos, el nivel más evidente de la moraleja. Sin embargo, el contraste abrumador entre la sapiencia del novelista y la candidez del personaje se capitaliza con creces a favor de la escritura. Nada aboga aquí por el lector.

Al lector, por otra parte, se le considera un eterno aprendiz, un ser inacabado. Lector es sólo el que lee, el que está leyendo, mientras escritor puede ser aquel que alguna vez escribió una página memorable. Bastaría, pues, con cerrar el libro para que el lector desapareciera, como fulminado. Aún la noción retórica de *lector ideal* contiene un irritante llamado a la pasividad y a la dependencia cuando habla de experimentar con fidelidad los sentimientos que el autor se ha propuesto producir mediante la obra.

Watson, el personaje de *Sherlock Holmes*, posee como *lector ideal* unas carencias humanas desesperantes, parecidas o derivadas de la rigidez y obsecuencia del coro en el drama antiguo. Esta condición servil de Watson —de ese Watson que todos los escritores anhelan para su obra— no podría mejorarse sin recibir al mismo tiempo la sanción de calificativos como el de *erudito*, *docto* o *letrado*, despectivas maneras de evitar el exceso de lectura o la intromisión indebida en los saberes del escritor. De igual modo, para un caso opuesto, como la falta de lectura, existen los calificativos *de ignorante*, *analfabeto* e *inculto*, condenas suficientemente significativas en sí mismas para castigar la apatía o la pereza. De modo que el exceso, el desborde y la pasión no constituyen virtudes propias del lector, pues lo suyo está representado, más bien, en la compostura, la aplicación y el decoro. Por esta razón, la falta de claridad, la confusión conceptual, la aparente profundidad, la oscuridad intencional, la vaguedad, el exceso de abstracción, en suma, todas las torpezas e incapacidades que dificultan la lectura las debe padecer el lector como defecto suyo, en ningún caso como incapacidad ajena. Pero, ¿está demostrado, por ventura, que todo el que publica sabe escribir? ¿Por qué razón —escrita o no— debe sobrellevar el lector en silencio la petulancia, el exhibicionismo intelectual, la vana erudición, la declarada superioridad del escritor? ¿Dónde se consigna tal norma?

El desarrollo de la escritura ha acentuado hasta un límite inconcebible la separación entre las condiciones del autor y las del lector. El escritor, pongamos por caso, puede difundir y tratar de mejorar en todo momento su ideal de escritura; ¿acaso el lector ha definido el suyo? ¿Son ambos la misma cosa?

Buena parte del éxito de la lectura se fundamenta en la separación que la civilización se esfuerza por mantener entre ilustración y sabiduría. Este abismo, como es obvio, trata de ser llenado incesantemente con libros, con nuevos libros. ¿Qué ideales propuestos no son librescos? Hoy, para un promotor de ventas y lecturas, debe resultar inexplicable, por ejemplo, cómo pudo alcanzar Mohandas Karamchand Gandhi tanto dominio sobre sus impulsos sin leer a Chopra.

El lector de esta época, más vilipendiado que nunca, está obligado a leer porque desde el libro ha sido declarado ignorante de todos los temas. En la actual oferta bibliográfica se le dice, por ejemplo, que no respira como debería hacerlo, que su manera de relacionarse con los demás es equivocada, que no sabe hacer el amor a pesar de que en pocas lecciones podría aprenderlo, que su dieta alimenticia es un disparate, que ignora cómo invertir el tiempo, que carece de fortuna aunque podría ser rico, que si no se esfuerza lo suficiente no tendrá cabida en el próximo milenio, que hace rato los demás están en lo correcto y lo exitoso mientras él persiste en su situación... Hoy, pues, el lector ha sido reducido a la condición de tonto consumidor, incapaz de comprender inclusive que el libro, sin él, carecería de sentido.

## EL PLACER DE LA LECTURA

El “placer de la lectura” constituye sin duda una frase afortunada de la publicidad bibliográfica, que ha hecho carrera merced a un malentendido tácito: sólo un inculto o un bárbaro podrían oponerse a la difusión del libro.

La aceptación indiscutida de este postulado, además, ha permitido su ingreso en el terreno de las ideas como fruto de un respetable (aunque inexistente) sistema de pensamiento. Es tal la aceptación general alcanzada en breve tiempo por esta frase que, hoy por hoy, en la escuela primaria y secundaria el placer se ha vuelto obligatorio. Hasta hace algún tiempo, el estudiante tenía que leer porque la letra entraba con sangre —para felicidad de Algernon Charles Swinburne—; hoy, en cambio, suprimido el dolor, el estudiante debe gozar así porque sí, inevitablemente, por definición. Un decreto unánime ha hecho que como por arte de encantamiento el lector actual abandone su tradicional condición de masoquista. Pero la diferencia entre la vieja y la nueva concepción pedagógica resulta abismal, desde luego: el viejo estudiante no podía decir que le disgustaba lo que leía; el nuevo, por el contrario, está obligado a decir que le gusta.

La diferencia, sin embargo, alcanza aún una mayor profundidad: al mal lector del pasado se lo consideraba un ignorante; al de hoy, un tarado. Para la pedagogía actual, leer representa un placer, del mismo modo como la sopa es una golosina, es decir, arrevesadas maneras que usan los adultos para acercar a los niños a la televisión y a los malos hábitos alimenticios. ¿Qué placer, que verdaderamente lo sea, necesita propedéutica, difusión, apostolado?

Ahora bien, el éxito del placer de la lectura como lema publicitario se apoya sobre todo en la oferta: hay libros para todos, vale decir, el libro se adapta a la perfección a cualquier clase de lector. Nada de esfuerzo, nada de estorbo, nada de molestias; se trata, como bien se sabe, exclusivamente de placer. La legendaria y fabulosa idea aristotélica de la purificación por medio del terror y la piedad ha caído por fortuna en el olvido. ¿Qué placer, además, podría producir la lectura de un libro pasado de moda como *La poética*? El esfuerzo y la concentración necesarios para acometer tal lectura no conducirían de ninguna manera al “ahorro de displacer”, como se dice también en una jerga especializada.

Atrás han quedado los libros desgarradores, los duros, los densos, los desafiantes, o los simplemente distintos. La lectura no puede pretender cambiar, sacudir o estremecer al lector; tampoco informar o enseñar, si con ello se sacrifica el goce. Esto explica que el mercado se haya inundado de libros fáciles, agradables y entretenidos. En tiempos difíciles como los que corren no se puede admitir la complejidad, la seriedad o la profundidad. No. Letra de gran tamaño y abundantes ilustraciones constituyen la clave del éxito. Se vive, venturosamente, una época ideal sobre la cual Lavater, filósofo que, según Baudelaire, amó más a los hombres que a los magistrados, escribió proféticamente: “Dios evita, a quienes ama, las lecturas inútiles”. Hasta hace poco existían libros buenos y malos, según un juicio estético; hoy, en cambio, desde un parecer hedonista, los libros se dividen en placenteros y desagradables.

En virtud de este nuevo concepto, *La Iliada* y *La Eneida* —para citar como ejemplo dos libros clásicos antiguos—, y *El Proceso* y *El sonido y la furia* —para citar dos de este siglo—, han ingresado de repente, inesperadamente, a este index posmoderno.

Una nueva y santa Inquisición, pues, se apresta a elaborar su vasto índice de libros prohibidos a nombre del fácil comercio bibliográfico. Alguien diría que la misma lectura, así sea sólo por placer, podría devolver a cualquiera una dosis de sensatez capaz de torcer este rumbo. Nada más inútil, sin embargo, que fomentar falsas ilusiones.

Alguna vez conviene recordar que una buena parte de los términos referidos al libro proviene de Byblos, nombre de la ciudad fenicia conocida por su codicioso e insaciable comercio con el papiro, simplemente con el papiro, no con la belleza, la verdad o el saber. El libro es, pues, primordialmente, desde su origen, una mercancía; la literatura trata de vez en cuando de hacerlo olvidar.

## LA ABOLICIÓN DEL LECTOR

Una prueba incontrovertible de la supervivencia del libro, por encima de todas las crisis que periódicamente amenazan con destruirlo, se manifiesta en un invento reciente de la industria editorial: *el libro sin lector*.

El problema del libro tradicional consistía en que, para cumplir su cometido, requería un lector que, primero, lo comprara y, luego, lo leyera de principio a fin. Hoy en día tal exigencia no es necesaria. *El libro sin lector*, como su nombre lo indica, repele la sola presencia del que lee y sólo requiere, a duras penas, de simple propietario. Ni siquiera necesita, en sentido estricto, un comprador, pues la función de éste llega a ser, por lo general, indirecta o efímera. Y ello ocurre porque este libro ha sido pensado casi de modo exclusivo como regalo. La gran mayoría de sus propietarios lo han recibido en calidad de donación, canje, dádiva, o pago indirecto, y sólo unos pocos lo han adquirido expresamente. Pero aún en el caso de que alguien llegara a comprarlo como un libro cualquiera, su intención recóndita sería la de regalárselo a sí mismo. Se trata pues, en todo caso, de un libro que carece del tradicional lector comprador. De este modo, la actual industria editorial ha logrado por fin suprimir ese estorboso escollo representado por el buen lector, que, como se sabe, más que suscitar las compras, se convertía en un obstáculo para las ventas. ¿Qué críticas, además, puede generar un libro recibido por quien no lee?

Este invento moderno resulta maravilloso porque cura, por una parte, el complejo de culpa frente a la lectura; pero, por otro lado, no obliga a nadie a leer. Aunque un mal lector, como es obvio, no lee, jamás soportaría que por culpa de un simple libro fuera tildado de inculto. Así que este libro llena todas sus aspiraciones y expectativas: permanece en casa a la vista de todos, sin reclamar la lectura, y confiere a su propietario un toque de intelectualidad sin exigirle nada a cambio. *El libro sin lector* podría ser promocionado, en el lenguaje actual de la publicidad, como aquella amante silenciosa y bella que no crea conflictos con la esposa legítima. ¿Podría exigírsele más perfección?

A diferencia de lo que ocurre con un libro pesado y estorboso, nadie se deshace subrepticamente de éste en una de esas campañas anuales en favor de una biblioteca desvalida. Poseerlo, además, resulta tranquilizante para cualquiera, pues es de fácil comprensión y no exige de su propietario ninguna sustentación intelectual. *El libro sin lector* se adapta con callada sumisión a la biblioteca, a la mesa de noche o a la sala de la casa, donde algunos suelen exhibirlo como objeto de buen gusto que armoniza con la decoración. En realidad, no desentona entre el lujo excesivo, y en algunos casos llega a suplir con eficacia el papel de la obra de arte. El tamaño, el formato, el lujo de la edición (pero, sobre todo, su inutilidad) hacen que este libro, a diferencia de los demás, no se tome jamás en préstamo y, por tanto, no corre el riesgo de desaparecer en la biblioteca de un amigo remoto. Todo aquel que expresa su deseo de poseerlo entrega a sus allegados un indicio cuya utilidad puede verificarse en el siguiente

cumpleaños. Y es que este libro agrada por igual al consumado lector y al intelectual sedicente. Tanto las visitas pesadas como los cobradores de cuentas vencidas lo hojean desprevenidamente, pero también podrían interesarse con morbosidad en él, como si se tratara de uno de esos viejos libros que convocaban la presencia de un lector.

Puesto que *el libro sin lector* no es un artículo necesario, puede alcanzar el costo de cualquier objeto de lujo, aunque su máximo efecto se logra —como ocurre casi siempre— si la mayoría considera que su precio al público es inferior a su valor real. Comparado con las mercancías de su mismo género, ofrece la ventaja de que repele las ediciones piratas, y causaría la máxima irrisión si alguien se atreviera a fotocopiarlo. Como se deduce, por tanto, carece de los principales enemigos que socavan la existencia del libro tradicional. Y como si lo anterior no fuera suficiente, tiene la pasta dura para resistir trasteos y reacomodos, excesos y confianzas inconcebibles.

Pero quizá lo más importante de todo es que, para complacer el gusto actual de todos los públicos, *el libro sin lector* es ecológico, ese tema que no crea resistencias. De modo que a la facilidad intelectual de este libro se añade una realidad impoluta, artística, que intenta hacer olvidar la brutalidad y el prosaísmo de un país que, por fortuna, queda lejos del propietario del libro. Ante la crisis de la industria editorial, y ante la inminente abolición del lector, lo que nadie alcanza a explicar es cómo *el libro sin lector* se ha convertido, hoy por hoy, en un rotundo éxito de ventas. Tal vez algún viejo y desusado libro podría contener la explicación.

## EL LECTOR DE NARIZ ROJA

El lema publicitario de "envíate a la lectura", utilizado desde hace algún tiempo para promocionar el libro, no resulta tan inocente como pudiera parecer a simple vista. Esta campaña supone que el vicio posee un carácter positivo o deseable, de modo que así como alguien se *habituá* a la droga, también podría *enviciarse* a la lectura. Lo que se sugiere en el fondo, por lo menos, es que se trata de experiencias análogas. Antes que suscitar una posible regeneración, el lema rinde tributo a las sustancias que producen dependencia, asimiladas a esa droga lícita llamada libro. Para un enfermo, la lectura representaría un mero cambio de vicio, mientras *enviciarse a la lectura*, para el sano, se convertiría en el primer paso en el camino tortuoso de la drogadicción.

Un vicioso de la lectura, si se aceptara la inocencia y la validez del lema, no puede considerarse un lector normal, ni, mucho menos, ejemplar. La invitación figurada o metafórica al vicio supone también, por simple lógica, el extravío, el abandono, la pérdida, el desenfreno y la disolución por medio de ese fármaco al que fustigó Platón (Rep. X. 595), en no menor medida que las Sagradas Escrituras, o Séneca,

por ejemplo. Este lema publicitario da por supuesto, torcidamente, que la lectura no resulta recomendable por sí misma. En efecto, un vicio no se apoya en la calidad intrínseca del producto, sino en una necesidad impostergable que padece el vicioso. Así que, mientras existan adictos a la lectura, las ventas de la industria editorial estarán garantizadas, para felicidad de estos ávidos fenicios que suelen posar de atenienses. El lema en cuestión opera como afrenta a la literatura misma, al menos a aquella que se funda en el respeto por el alcance de las palabras. Este puritanismo al revés no obedece a una actitud abierta y tolerante, sino a una torpe justificación de los medios por el fin perseguido.

Ahora bien, así como las campañas encaminadas a suprimir un mal hábito pueden provocar un efecto contrario, la publicidad al vicio de la lectura, en este caso, podría degenerar en un exceso de virtud que llevara a los actuales lectores a abandonar su enfermedad. A propósito: ¿no se originará en la salud mental de los colombianos la baja adicción a los libros? Puesto que “los libros ilícitos son drogas peligrosas que envenenan el cuerpo social”, según Robert Lepape, las ferias del libro podrían promocionarse como un suicidio colectivo. Para los aficionados a la muerte lenta, quedaría la habitual dosis personal de lectura viciosa, ese placebo que sustituiría la acción por la contemplación pasiva, en detrimento de la voluntad. No cabe duda: el problema de la sociedad actual consiste en un exceso de templanza y de sobriedad, especialmente entre la gente allegada al libro. Los responsables de esta campaña, por ejemplo, se deberían meter algo en la cabeza (así fuera un folleto), aunque no se les puede desconocer el acierto de unir los contrarios. Como Suárez Lynch o como Bustos Domecq, el genial Borges Maradona escribió: “Envíate a la lectura”.

Quienes promueven cruzadas en favor de la dependencia no deberían ignorar la naturaleza del vicio. Malcolm Lowry, capaz de beber *hasta la sobriedad*, se habría sentido aquí reconocido y realizado, pero preferiría las convicciones privadas al beneplácito general. La razón obedece a que ninguno, según Poe, “sabe nada de alcohol, excepto los borrachos. Y este secreto, por supuesto, no debe comunicarse a nadie”. La campaña en favor de la lectura supone, candorosamente, que el vicio requiere propedéutica o motivaciones argumentadas, como la moral o las buenas costumbres. Para este pensamiento pueril, Baudelaire leyó provechosamente a De Quincey. En este terreno, sin embargo, los grandes viciosos actúan como maestros de sí mismos, y se desconoce hasta ahora, en este arte, la acusación de plagio. Lowry nada debe a Poe, pero la huella de ambos se manifiesta en todos: espíritu pendenciero, inexplicable buen humor o repentino silencio hostil, risas sin sentido, inclinación a la blasfemia y a la rijosidad, inmodestia y, con el tiempo, enrojecimiento permanente de la nariz.

Si al lector se le puede tildar de vicioso, así sea en sentido figurado, a los negociantes de libros, también con igual lógica, se les podría denominar gánsters. Esta campaña, que empieza como una aparente “despenalización de sustancias prohibidas”, puede conducir, de igual manera, al enriquecimiento ilícito, a la formación de bandas y al crecimiento de la ilegalidad. El auge desmedido del

vicio augura, en cualquier época, la proximidad de la moral. Después de estas campañas masivas para enviciar a la población, vendrá como consecuencia el Santo Oficio y la Policía Literaria. Indicios de su presencia pueden presagiarse ya entre algunos funcionarios culturales. Montaigne, yerba, láudano y vino, escribió que el fervor obra portentos, sobre todo cuando sirve de apoyo a la ambición.

---

## JAIME ALBERTO VÉLEZ

Nació en Yolombó, Antioquia en 1950. Es licenciado en Filosofía y Letras. Se desempeña como profesor del Área de Lingüística de la Universidad de Antioquia. En la colección del Premio Nacional de Poesía, de esta universidad, aparecieron sus dos primeros libros: *Reflejos* y *Biografías*. También, bajo el sello editorial de la Universidad, los libros de prosas *Piezas para la mano izquierda* y *Un coro de ranas*.

Ha publicado, además, *El zoo ilógico*, *Buenos días, noche* (Premio Enka de Literatura Infantil y Juvenil), *Breviario*, *El León vegetariano* y *El Ensayo: entre la aventura y el orden*. En la actualidad escribe la columna *Sátura* en la Revista *El Malpensante*.